

¿Es posible la institucionalización del peronismo?

Un recorrido por 70 años de su historia que pareciera llegar al final de una tarea todavía hoy inconclusa.

Nestor Ortiz

Facultad de Ciencias Sociales, UBA

“...ya en 1946, al hacerme cargo del Gobierno, manifesté claramente que creía que el proceso natural era comenzar por un Movimiento gregario para transformarlo doctrinariamente en institucional para consolidarlo, ya que lo único que vence al tiempo es la organización, ya que el hombre aún no ha conseguido vencerlo. Durante diez años hemos luchado por adoctrinar al pueblo con ese fin, pero no ha sido posible realizar la transformación humana frente al fenómeno del caudillismo arraigado profundamente por la historia nativa...”

(J.D.Perón, 4 de abril de 1957)¹

La actualidad del peronismo y de su presencia en los ámbitos de construcción y ejercicio del poder político concreto, ratifica nuevamente, su carácter de espacio histórico, político y cultural que, al menos a mi juicio, debe ser exhaustiva y sistemáticamente investigado, ya que en sus pliegues y articulaciones, muchas veces contradictorios, se concentran, con fuerte densidad, los debates fundamentales que nos conmueven y determinan en tanto sociedad, pueblo, Estado y Nación subcontinental.

¹ Eduardo Guruchari, “Un militar entre obreros y guerrilleros”, pág. 55, Ed. Colihue, Bs.As. 2001

Las referencias a las numerosas, múltiples y heterogéneas demandas referidas a la necesidad de institucionalizar al peronismo, han estado siempre presentes, explícitas o encubiertas, a lo largo de su extensa trayectoria. Y, por supuesto, con mayor o menor intensidad según los “climas de época”, tanto nacionales como internacionales que han determinado la vida política argentina.

A lo largo de la historia las mencionadas demandas fueron tomando cuerpo en la organización de numerosa líneas internas que expresaban diferentes intereses sectoriales o de grupo pero que, en la mayoría los casos, siempre han guardado una directa relación, muchas veces perentoria, con la preocupación, legítima o no, de establecer los mecanismos y la dinámica que habrían de regular la sucesión política de Perón, esto es, la herencia política del Líder y la conducción del Movimiento Peronista.

En estas primeras reflexiones, -las que deseamos sean comprendidas sólo como una incitación al pensar e investigar, más que como una ponencia formal,- intentaremos un recorrido muy general que nos lleve a señalar, en una muy apretada síntesis histórica, algunos puntos de tensión entre el desarrollo de una dinámica de conducción institucional ineludible y necesaria en toda acción gubernamental y estatal, y, en forma sincrónica, la voluntad expresada en hechos y palabras, de fortalecer el poder político en espacios sociales crecientemente organizados.

Partimos de concebir al original y audaz proyecto llevado adelante por Peron a partir del 4 de Junio de 1943, como una voluntad y una acción política que, al tiempo que estructura e impone orgánicamente un nuevo modelo institucional para el Estado -surgido de las elecciones de febrero de 1946- , a partir de formas y contenidos que son la expresión de una base filosófica y doctrinaria a la que se enuncia como Justicialismo, tiende a organizar el desarrollo y la conducción política del Movimiento Peronista. Esta conformación/ estructura/ del Estado, por un lado, y la acción política, por otra, se convierte en el sustento democrático de una revolución, además incruenta.

La década a cargo del Estado (1946-1955), es continuada por 18 años de acción política desde el exilio luego de una derrota, y un complejo regreso al gobierno que culmina con la muerte de Perón, en 1974, mientras ejercía su tercer mandato presidencial, como hitos fundamentales de este recorrido al que reconocemos tan ambicioso como necesario.

Suele mencionarse al período durante el cual Perón estuvo proscrito y en el exilio madrileño como el tiempo del co-gobierno ejercido por el peronismo, con la inevitablemente gregaria conducción de Perón, frente a las diferentes alternativas de gobiernos que sucedieron a la Revolución Libertadora.

Democracias surgidas con debilidad de origen determinada ya sea por la participación (Frondizi) o la omisión (Illia) y siempre tuteladas, así se las ha llamado, por las fuerzas que llegan a los '70 con la clara impronta de un partido político cívico- militar²

El período que comienza en septiembre de 1955 con un violento ataque ejecutado por fuerzas opositoras que literalmente barren al peronismo de todos los espacios institucionales gubernamentales, sindicales y políticos, impone un modelo de organización y conducción caracterizado fuertemente por la imposición de una verticalidad de comando propio de las circunstancias³

En la misma carta enviada por Perón a uno de sus delegados en el mes abril de 1957 y de la cual se ha extractado el párrafo inicial de estas notas, expresa muy claramente la nueva situación y delimita con precisión el límite, la frontera, que separa dos ámbitos de acción: El Estado, por un lado, y el Movimiento Peronista por el otro.⁴

² La caracterización de “democracias tuteladas” corresponde a los gobiernos surgidos a partir de elecciones durante ese período y fue utilizada por el Prof. Miguel Talento (Sociología, UBA) para referir al accionar de lo que Perón denominase “camarilla militar”

³ Ver Decreto/ley 4161, del 5 de marzo de 1956

⁴ “...ahora no estoy en estadista sino en revolucionario porque el Pueblo lo ha dispuesto así. Yo se colocarme en cada una de las misiones que me tocan...”. Gurucharri, op. Cit., pág. 57

El breve tiempo en el que transcurren los sucesivos gobiernos a partir de las elecciones de marzo y septiembre de 1973 y la muerte de Perón en Julio de 1974, signado históricamente por el más alto nivel de conflictividad interna en el peronismo, ponen a prueba los intentos de Perón por avanzar en la orgánica conducción del gobierno y simultáneamente de la acción política del peronismo.

La dictadura militar que se instaló en el país en marzo de 1976, verdadera contrarrevolución trascendente, alteró profunda e irreversiblemente la matriz de producción y reproducción social de la Argentina a partir de la sistemática destrucción del modelo de Estado y sus instituciones rectoras que aún subsistían desde lejanas épocas de gobiernos peronistas.

El triunfo de Raúl Alfonsín y la restauración democrática de 1983, señala la primera derrota electoral de peronismo y, seguramente, impone con la fuerza de los hechos, quizá superior a deseos y convicciones, un proceso de democratización interna que culmina con la presidencia de Carlos Menem.

Transcurrida la fallida experiencia llevada adelante por el gobierno surgido de la Alianza integrada por sectores del viejo radicalismo y diferentes fuerzas del debutante progresismo argentino, la crisis del 2001 puso en evidencia la quiebra y casi desaparición del Estado nacional.

Producto de esta crisis, el nuevo gobierno asumido por Kirchner como producto de una clásica combinatoria de los poderes internos del peronismo, nació con un doble compromiso, organizar un estado y en paralelo, organizar la base y el sustento político de ese estado, había que salir del “infierno”.

Esto que es historia reciente quizás sea el material más vivo sobre el que debemos trabajar en la continuidad de estas reflexiones, porque es historia presente y actuante, sometida a la aceleración propia de la época.

No abundan los espacios que nos permitan trabajar en la formulación de nuevas preguntas y a ese objetivo apuntan estas reflexiones que centramos en la difícil institucionalización del peronismo.

Y personalmente entiendo que, habiendo pasado casi 70 años de la aparición del peronismo en el país, desde el golpe del 4/6 del 43 hasta la fecha, es casi imposible entender las claves básicas de todo ese período histórico si no se entiende a Perón.

Ernesto Palacio en “La historia falsificada”⁵ escribe que todo el período de la organización nacional hasta la Constitución del 53, e incluso todo eso que cierra en la generación del 80, no se entiende si no se entiende a Rosas. Y, quizá aprovechando la oportunidad del presente texto, que prefigura a una ponencia, me pregunto si no estamos ya en situación de encarar una nueva etapa revisionista, tratando de entenderlo a Perón, no utilizarlo sino entenderlo, ya que el peronismo, como importante actor político, sigue vigente en Argentina

Y asumo que hablar de la identidad política, y cultural del peronismo y de su camino hacia su institucionalización, en una sociedad que transita una proclamada crisis de valores, puede llegar a aparecer como algo exótico.

Un pensador argentino, fallecido hace tiempo, introductor de Lacan en nuestro medio y del psicoanálisis en España, Oscar Masotta, tiene algunos textos que dicen que lo exótico es la resultante de poner en contacto dos sistemas de valores distintos. Hoy, para muchos en la República Argentina, el peronismo sigue siendo algo exótico, cuando no enigmático, y este es un tema a resolver.

¿Por qué era peronista gran parte de la sociedad de los '40 y de los '50? Porque el peronismo había creado una matriz de producción social generadora de un sujeto real, actor político hasta entonces desconocido y muy difícil de caracterizar con el andamiaje teórico de la época.

Somos producto de una construcción social, y el peronismo, en sus diez años de gobierno, construyó una matriz a veces sintetizada como la cultura del trabajo, del progreso, de las solidaridades, de la construcción de ciudadanía entramada, a partir de la cual se conso-

⁵ *La historia falsificada* (Buenos Aires, A. Peña Lillo Editor, 1960).

lidó una identidad política y social irreversible y encarnada en lo que comenzó a denominarse la masa peronista.⁶

Retomando entonces: Es en el marco determinante de los comienzos de la “guerra fría” que, fundamentalmente como estrategias defensivas, aparecen originales formas de acción política que, de modo extremadamente reducido dadas las comprensibles restricciones del presente trabajo, podemos caracterizar en función de la presencia activa de dos elementos “nuevos”: las masas y los líderes dando forma y expresión real a los diferentes aspectos según los cuales se canaliza la conflictividad social y sus formas de resolución en diferentes parajes de la geografía mundial.

Y lo que se inaugura en la Argentina, es la disputa por la conducción de ese nuevo actor social, las masas, que han llegado a la escena política mundial para generar y ocupar sus propios espacios y que se constituyen quizá en el principal signo distintivo de esa época.

La Argentina no evadió esa dinámica y, en la primera mitad de la década de los '40, el gobierno producto del golpe de estado de junio de 1943 se subsume en una profunda deliberación centrada en la figura de Perón y de su creciente acumulación de poder, crisis que se resuelve en el mítico 17 de octubre 1945.

De ahí en más, y hasta su muerte, la herencia del poder político de Perón, siempre estuvo en el centro de la escena y tuvo infinidad de expresiones políticas prácticas referidas a la organización del peronismo, por un lado, y, por otro, a decisiones institucionales que hicieron a la formulación de una doctrina, enunciada como justicialismo, que dio razón a una profunda organización del gobierno y del estado.

Todos los líderes de los países caracterizados al menos emblemáticamente, como pertenecientes al Tercer Mundo, tuvieron, a su tiempo y en función de sus específicas realidades sociales y políticas, que resolver el problema significado por la articulación entre liderazgos personales y políticos y la formulación orgánica de mecanismos

6 Excede los límites de estas reflexiones el desarrollo de este concepto moderno de alcance político, social y militar, “masa” y su relación con el “líder”. Concepción organizativa que desplaza a las antiguas estructuras de los partidos revolucionarios, y analizar su despliegue frente a palabras como sociedad, comunidad, pueblo, etc.

de conducción necesariamente institucionales y propios de la acción de gobierno.

La continuidad de los liderazgos de masas

Hace ya tiempo que, desde diferentes espacios de actividad propios de las Ciencias Sociales, venimos notando la existencia de líneas de trabajo que parecieran apuntar hacia la investigación de problemáticas que, si bien registran su presencia en ámbitos globales, no siempre poseen anclajes válidos en nuestros reales y específicos contornos nacionales.

El estudio y la investigación centrados en el peronismo pueden incluirse paradigmáticamente en este abordaje, potenciado hoy por la evidencia de actualizaciones sociales y políticas presentes en la realidad latinoamericana que nos interpelan y comprometen permanentemente

Intentar el abordaje analítico, organizado y sistemático de uno de los problemas de la sociología contemporánea en nuestro país, esto es, el peronismo tal como se manifiesta en los marcos significados por nuestra propia realidad nacional, implica un esfuerzo por penetrar un campo fuertemente conflictivo.

Espacio básicamente determinado por una actualidad que, obviamente, nos incluye, y por tanto, está permanentemente dinamizado por lecturas cruzadas y concepciones muchas veces inadecuadas y perimida

Pensamos, además, que la existencia de esa mencionada problemática, argentina y latinoamericana debiera entenderse como un síntoma que denuncia las limitaciones actuales de todo un arsenal paradigmático que, de tanto ser usado sin segundas reflexiones, pareciera estar hoy, fundamentalmente, al servicio de consagrar seguridades teóricas internas hacia el interior de nuestras ciencias sociales.

Dinámica que, al despojarlas de una consistente racionalidad al servicio de orientar una mirada crítica enfocada sobre realidades específicas, las relativiza como herramientas aptas para intentar aproximarnos al conocimiento de las claves e interrogantes que plan-

tean, en espacios latinoamericanos, los actuales, crecientes, y muchas veces trágicos, grados de conflictividad social.

En este complejo escenario, que no describimos en su totalidad por supuesto, pareciera ser que se ha perdido de vista lo esencial. Quizá hayamos olvidado que la producción básica y original de nuestras sociedades, de nuestras comunidades, no se manifiesta sólo en su perfil económico y financiero, ni en su desarrollo tecnológico y cultural, ni en su producción y distribución de bienes y servicios, nada de eso.

Su producción fundamental es la de un sujeto social: amalgama vital de componentes míticos, históricos y culturales, que encarna y perpetúa una ética social estructurada a partir de comunidades originarias transformadas por las conquistas, y con capacidad para asimilar una amplia gama de diversidades culturales. Comunidades capaces de privilegiar y sostener una tensión hacia una proyectada integración subcontinental, en el marco de naturales y plurales diferencias, a partir de la generación racional de consensos ampliados. Y esto, en todo tiempo y lugar.

Pueblos y hombres que son custodios vivos de un cuerpo axiológico alguna vez originario y manifiesto, hoy aparentemente oculto, velado por el tiempo, por “otros hombres” y, muchas veces, concebido como un fondo de reserva cultural frente la soberbia omnipotente de cierta ciencia y de cierta técnica.

Nos consta, además, la existencia, en el campo de nuestras ciencias sociales, de diferentes voces, miradas e interpretaciones, expresadas testimonialmente muchas veces, y actualmente presentes en representantes de diferentes tradiciones sociológicas y políticas que han sido desde hace tiempo convocadas a la reflexión, referida al Peronismo. Es en ese marco en el que intentan integrarse estas iniciales reflexiones.

El ocaso de la revolución peronista

Un tema innumerables veces señalado, diríamos didácticamente, por Peron, refiere a las “etapas de una revolución trascendente”, mencionadas como doctrinaria, toma del poder, dogmática e institu-

cional. Incluso, hubo oportunidades en las que caracterizó a esta última como “el ocaso de una revolución”, ejemplificando con los desarrollos de la Revolución Francesa y la Revolución Rusa.

Y si bien siempre me ha llamado la atención la referencia al “ocaso” y no a la descripción final de un proceso revolucionario, - sobre todo en alguien que a lo largo de su extensa trayectoria política utilizó el lenguaje, la palabra, como su principal herramienta en el ejercicio de la conducción,- resulta casi una obviedad destacar que nuestras especiales circunstancias han incentivado el interés por ese tema.

Aunque tomada literalmente como decadencia o declinación, la imagen del ocaso nos remite, también, al apagarse de una jornada y al apacible tránsito hacia un nuevo amanecer. Pero, para este caso singular, pareciera no corresponder. la palabra “apacible”. Y si retomamos la cita del comienzo, es evidente que, al momento actual, sobran desgraciadamente ejemplos de que “...frente al fenómeno del caudillismo arraigado profundamente por la historia nativa, no ha sido posible realizar la transformación humana...” necesaria para llevar a buen puerto la etapa institucional.

Nuevamente, y a pesar del tiempo transcurrido y con las ventajas derivadas del hecho de estar inmersos en la sociedad de la información y el conocimiento y con extraordinarios avances de la ciencia y la técnica a nuestra disposición, nos enfrentamos a los límites impuestos por modelos culturales que pertenecen a siglos ya pasados.

Y las concepciones unipersonales referidas al ejercicio del poder, cualquiera sea el nivel de organización política o gubernamental, continúan presentes.

Ocultas tras modernas máscaras o actualizados discursos e imágenes, aquel “Homo videns” enunciado hace años por Giovanni Sartori, ha ganado la batalla y ejemplifica magistralmente las actuales modalidades del viejo caudillismo.

El “hombre nuevo” al que aspiraban tanto Guevara como el Perón de su regreso en el '72, sucumbió antes de nacer frente a los procesos tecnológicos, políticos, económicos y financieros que prefiguraban la globalización.

Y, frente a los ejemplos de los últimos gobiernos, y no sólo los peronistas, que en todos los casos adoptaron modalidades de conducciones personales que no discriminaron ni los roles ni las funciones que delimitan los espacios y poderes estatales de los ámbitos particulares y propios de la acción política.

Finalmente, deseo cerrar estas reflexiones, citando, extensamente, a quien, en una Patria hermana, heredada como un don, como son todas las Patrias, ha acometido junto a su pueblo la constitución de una Nación, que es una tarea que los argentinos hemos comenzado muchos siglos antes y que debemos continuar en pos de su perfeccionamiento.

García Lineras, Vice-Presidente de la República Plurinacional de Bolivia, en una reciente conferencia ofrecida en la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y de la cual me permito reproducir un tramo por demás significativo para el tema que nos ocupa.

Quizás sea un ejemplo de la transformación personal que, seguramente producto de los años ya transcurridos en el ejercicio institucional del gobierno, se ha operado en sus concepciones fundantes, que nunca compartimos, y que posibilita que hoy, con una humildad no muy frecuente, exponga los límites a los que se enfrenta la sucesión de una conducción revolucionaria.

“...Un elemento, que yo no diría de debilidad, es un elemento que se presenta en la experiencia latinoamericana, y que no la vivieron ni Rusia, ni Cuba, ni China, el tema de la continuidad del liderazgo en regímenes democráticos. Cuando triunfa una revolución armada, la cosa es fácil, porque la revolución armada logra finiquitar, casi físicamente a los sectores conservadores. Pero en las revoluciones democráticas, tienes que convivir con el adversario.

Lo has derrotado, lo has vencido, discursivamente, electoralmente, políticamente, moralmente, pero ahí sigue tu adversario. Es parte de la democracia. Y las Constituciones tienen límites, 5, 10, 15 años, para la elección de una autoridad. ¿Cómo se da continuidad al proceso revolucionario cuando tiene esos límites?

Es un tema del que no se ocuparon otros revolucionarios, porque lo resolvieron al principio el problema. Nosotros no. Forma parte

de nuestra experiencia revolucionaria. ¿Cómo se resuelve el tema de la continuidad del liderazgo? Van a decir: lo que pasa es que los populistas, los socialistas, son caudillistas. Pero, ¿qué revolución verdadera no personifica el espíritu de la época?

Si todo dependiera de instituciones, eso no es revolución. Ninguna revolución late en las instituciones. No hay revolución verdadera sin líderes ni caudillos. Es la subjetividad de las personas lo que se pone en juego. Cuando ya son las instituciones que regulan la vida de un país, estamos ante democracias fósiles.

Cuando es la subjetividad de las personas lo que define los destinos de un país, estamos ante procesos verdaderos de revolución. Pero el tema es cómo damos continuidad al proceso teniendo en cuenta que hay límites constitucionales para un líder. Hay límites constitucionales para una persona.

Ese es un gran debate, no es fácil resolverlo. No tengo yo la respuesta. Hay varios países en los que se está atravesando ese proceso: Bolivia, Ecuador. Tal vez la importancia ahí de liderazgos colectivos, de trabajar liderazgos colectivos, que permitan que la continuidad de los procesos, tengan mayores posibilidades en el ámbito democrático.

*Pero incluso a veces ni eso es suficiente. Esta es una de las preocupaciones que corresponde ser resueltas en el debate político. ¿Cómo damos continuidad subjetiva de los liderazgos revolucionarios para que los procesos no se trunquen, no se limiten, y puedan tener una continuidad en perspectiva histórica?...”*⁷

En este marco, y a 70 años del advenimiento de un proceso revolucionario en paz en la Argentina, el futuro deseado para el peronismo y su marcha para superar al tiempo, no parece por lo menos alentador. Y quizás sea sólo desde el optimismo de la voluntad, como diría Gramsci, que aún no decimos imposible.

⁷ Extractado de la conferencia que en el mes de mayo de 2016 ofreció García Lineras en la Fac. de Ciencias Sociales. (UBA)